



III

LA MADUREZ POLÍTICA DEL PROLETARIADO

(El ciclo nacionalista)

1

Está abierta la perspectiva de la revolución acaudillada por el proletariado porque éste y los explotados en general, han madurado políticamente en su amarga experiencia bajo los gobiernos nacionalistas pequeño burgueses (incuestionablemente de contenido burgués), lleno de traiciones, de crímenes y felonías. No se trata de que se hubiese tenido que soportar una experiencia aislada de este tipo (la caída del gobierno Villarroel con sus banderas semi-intactas fue eso), sino que se ha vivido el ciclo nacionalista en su integridad: desde sus posturas de radicalismo antiimperialismo norteamericano, sus protestas de adhesión al marxismo, hasta su degeneración fascista y obsecuentemente pro-imperialista y pro-norteamericana.

Esta experiencia riquísima, aunque negativa, no la tienen todos los países, lo que explica por qué los explotados de estos se debaten en medio de las ilusiones acerca de las posibilidades "revolucionarias" de los movimientos nacionalistas dirigidos por la burguesía o por la pequeña burguesía. Los sectores minoritarios de la vanguardia obrera esperan encontrar su propia expresión política en las tendencias de izquierda de ese nacionalismo. Agotada la experiencia nacionalista para las masas bolivianas, éstas han madurado para comprender el programa del partido marxista del proletariado.

El nacionalismo boliviano timoneado por la pequeña burguesía ha concluido identificándose con los intereses anti-nacionales del imperialismo, se ha convertido en su correa de transmisión y ya no oculta su condición de sirviente de la metrópoli foránea y opresora, en esta medida se ha agotado como respuesta a la necesidad histórica de consumir la liberación nacional y el cumplimiento de las tareas democráticas.

2

El nacionalismo está básicamente representado por el Movimiento Nacionalista Revolucionario y los avatares que este partido ha conocido no son otra cosa que la expresión de su contradictoria evolución bajo la doble y poderosa influencia del proletariado y de las masas explotadas en general, por una parte, y del imperialismo y de la derecha criolla (rosca), por otra.

La teoría y la práctica del MNR permiten señalar las grandes metas que se fijó el nacionalismo pequeño burgués: cumplimiento de las tareas democráticas (muchas de ellas no han sido siquiera enunciadas) dentro del marco capitalista, partiendo del respeto casi religioso de la gran propiedad privada burguesa de los medios de producción y de la convivencia con el imperialismo; estructuración del Estado nacional poderoso (consigna también enarbolada por FSB), que hiciese posible el pleno desarrollo de la democracia burguesa (el voto universal no se apartó un milímetro de la ficción jurídica burguesa de la igualdad de los ciudadanos ante la papeleta electoral); propiciar los avances modernos del capitalismo de Estado, sin violentar bajo ningún pretexto los límites capitalistas; desarrollo e industrialización del país gracias a la ayuda de los organismos controlados por la metrópoli imperialista; movilización de las masas

para que actúen como fuerza de presión sobre el imperialismo y la reacción interna (la rosca y los sirvientes falangistas), pero evitando que pudiesen liberarse del control ideológico y organizativo del nacionalismo.

La historia posterior a 1952, demuestra, de manera indiscutible, que tales propósitos han fracasado. Algunas tareas democráticas han sido enunciadas y otras materializadas a medias y luego empantanadas de un modo por demás particular, lo que, otra vez más, pone de relieve las tremendas limitaciones e inoperancia de la dirección política pequeño-burguesa, aunque cuente con el apoyo militante y multitudinario de casi todo el país.

3

Fueron las masas las que, con las armas en las manos y haciendo vibrar a las ciudades con monstruosas y combativas manifestaciones, impusieron al Poder Ejecutivo (en cuyo seno actuaban los ministros "obreros", supuestamente portavoces de la voluntad todopoderosa de las masas y de la Central Obrera Boliviana y, en realidad, agentes del renovimientismo en medio de las organizaciones obreras y populares) las tres más grandes medidas decretadas por el MNR desde el poder: la nacionalización de las minas, la reforma agraria y el voto universal. En el primer momento la izquierda, particularmente el stalinismo, con la sola excepción del POR, el grueso de las masas y el lechinismo, estaban seguros que las máximas aspiraciones de la revolución, el programa enarbolado en Pulacayo, habían sido cumplidas totalmente, que el ciclo de las transformaciones revolucionarias había concluido y que únicamente correspondía pasar a la etapa de la institucionalización de esas conquistas, de dar forma jurídica a la nueva sociedad nacida bajo la "genial y antimperialista", dirección de Víctor Paz y Lechín.

Cuando las masas impusieron autoritariamente su programa al pequeño burgués MNR, éste tomó en sus manos las consignas de mayor urgencia que servían para movilizar a la mayoría nacional y les imprimió su propio sello (las encerró dentro del estrecho marco de las limitaciones clasistas). El pazestenssorismo consumó su gran maniobra destinada a estafar al país, que cayó víctima de una ficción.

Las consignas no son una abstracción, es preciso descubrir su contenido de clase y su alcance está determinado por quién las ejecuta. Los obreros dieron a sus slogans la proyección propia de ellos, la marcha hacia el socialismo; el MNR imprimió a los mismos un contenido diverso: detener el proceso en los límites capitalistas. Todo el desarrollo político posterior hasta nuestros días inclusive, tuvo y tiene lugar alrededor de este choque de concepciones programáticas, que no son más que expresiones ideológicas de la lucha entre el imperialismo y el proletariado, descomunal batalla en la que la dirección política pequeño burguesa no cumple, en último término, más papel que el sirviente del enemigo foráneo.

Desde el congreso de Pulacayo, la clase obrera, sobre todo los mineros, retomando la tradición del sindicalismo a partir de 1927, se lanzó a la lucha por lograr arrancar de manos de la gran minería, las minas para que pasasen al Estado controlado por los trabajadores, es decir, que las minas debían quedar en manos de éstos. No se trataba de comprar esas minas, que según la propia clase dominante, pertenecen originalmente al Estado, o de ceñirse a la antigua ley de expropiación de fines del siglo XIX, sino de incautarse de ellas utilizando la acción directa de masas, de expulsar a la rosca minera y de destruir su poderío económico y político, lo que imponía la urgencia de no reconocer indemnizaciones de ningún tipo en favor de los saqueadores de las riquezas nacionales. En Pulacayo se dijo que el control obrero efectivizaría el paso de las minas a poder los trabajadores, lo que importaba que éstos debían indefectiblemente marchar hacia la conquista del poder político; tal era la concepción proletaria de la nacionalización de las minas.

El MNR tomó en sus manos la consigna pero la vació totalmente de su contenido revolucionario, cuya profundización no podía menos que poner en serio riesgo al gobierno instaurado después de abril de 1952. Se comenzó dando largas al cumplimiento de una exigencia hecha en términos perentorios por los obreros armados, se crearon comisiones y se estudió largamente lo necesario y lo superfluo del problema, buscando agotar la actitud vigilante de una clase puesta en extrema tensión. El 31 de Octubre de 1952 fue dictada la nacionalización solamente de la gran minería y poniendo a salvo parte de los intereses imperialistas y marginando prácticamente a la clase obrera como tal de la administración de las minas. Se comenzó reconociendo una jugosa indemnización a empresas que difícilmente hacían frente a sus dificultades económicas e internas; se marginó de la medida a la minería mediana, gran parte de ella

controlada por el capital financiero y que bien pronto se convirtió en el eje de la penetración imperialista y en una seria competidora de COMIBOL; se estatuyó el control obrero individual y políticamente controlado por el Poder Ejecutivo, y en lugar del control de la clase (el que puede materializarse únicamente a través de comités colectivos de control, partiendo de los lugares mismos de trabajo y llegando hasta los escalones más elevados de la administración de la empresa) y permanentemente en manos de la asamblea sindical; al ser individual y al haberse rodeado de una serie de granjerías y privilegios de tipo económico, etc., se abrieron las puertas para su burocratización, lo que sólo podía favorecer al gobierno vivamente interesado en neutralizar a los levantiscos mineros. Esta nacionalización, ejecutada tramposamente por el MNR, fue de un inconfundible corte burgués y el mismo gobierno que consumaba su viraje derechista, concluyó volviendo a entregar las minas al control del imperialismo y tuvo el cinismo de colocar a la cabeza de su administración al BID, como consecuencia del llamado Plan Triangular, ideado y financiado por el capital financiero.

Cuando se profundizó la diferenciación y separación política entre el gobierno pequeño burgués y el movimiento obrero, fue cuestionada esta nacionalización y se levantó la bandera de su defensa a través de su perfeccionamiento, de modo que la acción revolucionaria de los trabajadores la transformaría, desde el poder, en una medida proletaria. La enseñanza más importante de este proceso y que se incorpora al arsenal de la clase obrera consiste en que la nacionalización por sí misma no es sinónimo de socialismo y que no resuelve todos los problemas que plantean la revolución y la misma industria minera.

Se ha demostrado que el sentido y alcances de las nacionalizaciones dependen de qué clase social detenta el poder político. La pequeña burguesía sirviente del imperialismo, al nacionalizar no hace otra cosa que contribuir al avance del capitalismo de Estado para del defender los intereses generales del régimen burgués. Es cierto que es preferible que las fuentes de riquezas naturales estén en manos de un gobierno nacionalista y no de los consorcios montados por el capital financiero. Esto vale para el inicio del proceso, pero cuando la burguesía nacional se entrega al imperialismo, extremo que tiene que ocurrir indefectiblemente tarde o temprano, las empresas nacionales vuelven a manos de sus antiguos saqueadores, y se lo hace en condiciones muy ventajosas para el enemigo foráneo, bajo la forma de las sociedades mixtas o multinacionales. Para que el inicial paso progresista que consiste en arrancar de las garras imperialistas las riquezas nacionales se consolide es preciso que la burguesía nacional sea desplazada por el poder político de la clase obrera, entonces se asegurará que las nacionalizaciones sean controladas por los trabajadores y se convertirán en la piedra fundamental del socialismo. Este sentido profundo tiene la consigna de defender las nacionalizaciones perfeccionándolas con ayuda del control obrero colectivo, dándoles una nueva perspectiva política.

La nacionalización de las minas, hecha de un modo burgués, en medio de una economía de corte capitalista, no resuelve, por sí sola, los agudos problemas de la industria, problemas que se ven agravados porque todo el malestar de la economía nacional tiende a descargarse sobre el sector nacionalizado, a resolverse a costa de éste. En cierta medida y esto desde el primer momento, el estaño producido por la COMIBOL siguió controlado por el imperialismo en lo que se refiere a su fundición y comercialización. La William Harvey, controlada por Patiño, pudo manejar a su antojo a la COMIBOL. Las nacionalizaciones para no ser ahogadas en medio de sus contradicciones, para que sus dificultades internas no las empujen de nuevo a brazos del imperialismo, tienen que dejar de ser una excepción dentro de un régimen de propiedad privada y convertirse en la norma predominante, de manera que todos los medios de producción se encuentren en manos del Estado. Por otro lado, la industria minera nacionalizada debe diversificarse y concentrar en la COMIBOL la metalurgia y la comercialización. A esta conclusión han llegado los trabajadores mineros sindicalizados y que el POR la hace suya.

La defensa de las minas nacionalizadas (amenazadas por el imperialismo que también actúa a través de la minería privada y de la política entreguista de los gobiernos reaccionarios civiles o militares) no debe entenderse como el apoyo a determinado régimen nacionalista burgués, sino como una táctica que debe aproximar a los explotados a la conquista del poder.

Por las anteriores consideraciones tampoco la fundición del estaño en el país permitió el florecimiento de la COMIBOL. La causa del desastre tiene que buscarse en la incapacidad e inmoralidad de la clase social burguesa que administra mal las minas.

La reforma agraria (2 de agosto de 1953) fue dictada cuando gran parte de la tierra labrantía había sido ocupada revolucionariamente por las masas campesinas, cuando éstas estaban en posesión de las

grandes haciendas y de las armas. La acentuación de esta tendencia, que avanzaba como incontenible y poderosa tormenta social sobre el territorio boliviano, habría arrasado todo el agro a fin de permitir una inmediata revolución tecnológica, como propugnaba el Partido Obrero Revolucionario. El movimiento de la ocupación de la tierra se detenía únicamente ante las pequeñas parcelas individuales y buscaba expulsar a todos los demás propietarios, sin excepción alguna. La desventaja política de este proceso radicaba en que en el momento de auge de las ocupaciones el proletariado ya había ingresado a su momentánea depresión, había dejado atrás su actitud de vigilancia para abandonarse confiado en manos de un gobierno que no era suyo.

En esta medida carecía del apoyo decidido de la clase revolucionaria de la sociedad y resultaba difícil que pudiese imponerse por sí solo. Su profundización hubiera abierto, en otras condiciones, la perspectiva de que la clase obrera tomase el poder empujada por los explotados del agro en plena rebelión.

Habría sido el telón de fondo de la revolución acaudillada por el proletariado.

La política liberal, impuesta a la burguesía (no sólo a su gobierno) por el imperialismo, se traduce en la privatización de las empresas estatales, particularmente de la COMIBOL, de YPFB, etc.

La terca lucha popular contra la privatización se orienta a derribar a la burguesía y expulsarla del poder.

Es en estas condiciones, cuando el gamonalismo había sido materialmente expulsado del agro, cuando estaba seguro de perder todos sus privilegios, que se dicta el Decreto de la Reforma Agraria, ésta destinada, en uno de sus aspectos, a poner a salvo parte de los intereses del gamonalismo. Parceló las haciendas entre sus colonos, reservando una parte de ella para el ex-propietario; reconoció derecho de indemnización a los ex-patronos (no fue materializado); excluyó de los alcances de la reforma a la propiedad considerada agraria capitalista (aquella que muestra inversiones o la existencia de cualquier maquinaria), que se ha convertido en una rendija por la que se cuelan muchos latifundios y también a la propiedad mediana, que no es trabajada por su propietario, que es un explotador menor.

La forma de realización de la reforma agraria estuvo políticamente inspirada en la necesidad de encontrar una poderosa fuerza de estabilización social y política en la masa de pequeños propietarios prósperos sobre todo ante el peligro de radicalización de los obreros. Contrariamente el minifundio, por un lado y la ninguna respuesta al atraso tecnológico, por otro, han acentuado en extremo la ya desesperante miseria de las masas campesinas. La sed de tierra no ha sido saciada y el partido del proletariado movilizará a los explotados del agro bajo la consigna central de expropiación sin indemnización de toda la tierra labrantía del país, respetando sólo a los pequeños propietarios; la cooperativización de éstos a fin de facilitar la maquinización de la agricultura, de manera que, con ayuda de la ciencia y de los recursos tecnológicos modernos, se pueda pasar de la agricultura extensiva a la intensiva.

El voto universal es una reivindicación burguesa tradicional y ha sido aplicada por el Movimiento Nacionalista Revolucionario de manera imperfecta. A los campesinos (en su mayor parte analfabetos) y a una parte de los obreros se les concede solamente la semiciudadanía: pueden elegir pero no ser elegidos. Se les reconoce el derecho de votar en favor de los candidatos de la clase dominante. Las particularidades del campesinado permiten que la burocracia sindical, los caciques y las autoridades lo presionen para que vote unánimemente en favor de los candidatos oficialistas o poderosos económicamente. El POR está en contra de toda limitación del voto universal.

Esta reivindicación por sí sola no podrá hacer milagros, el voto de los campesinos en favor de las posiciones y corrientes revolucionarias depende del trabajo de penetración política que realice el Partido Obrero Revolucionario en el seno de las masas del agro.

Políticamente esta ley anula a la clase obrera como tal, como dirección política del proceso revolucionario y como conciencia. Las grandes concentraciones obreras, que son las minas, materialmente se diluyen en medio de la impotente masa campesina que la rodea; en las ciudades los barrios obreros están lejos de definir las elecciones, contrariamente desaparecen ante el peso electoral de las otras clases sociales. La ley impide al proletariado expresarse electoralmente como clase dirigente del proceso revolucionario, como caudillo nacional, no hay posibilidad de que su voluntad pueda cristalizarse en los resultados de las votaciones. Se trata de una trampa tendida a la revolución, se la quiere destruir utilizando una artimaña,

un recurso abogadil la igualdad de los ciudadanos ante la ley, cada ciudadano, por encima de cualquier otra consideración, un voto. La existencia del ciudadano en abstracto es otra ficción; el ciudadano forma parte de las clases sociales, el ciudadano proletario está muy lejos de ser igual al ciudadano burgués, son diferentes por su situación económica y política, con intereses antagónicos y en permanente lucha. El ciudadano explotado carece de medios materiales y de cultura para poder imponer sus puntos de vista al resto de la masa de electores, no puede, por ejemplo, fabricar la opinión pública, a veces no puede llegar hasta los últimos rincones del país. El ciudadano burgués tiene a su disposición su riqueza, sus periódicos y radios, al mismo aparato estatal y al ordenamiento jurídico, para arrastrar a propios y extraños detrás de sus candidatos. Esta desigualdad es palpable, pese a que proletarios y burgueses disponen solamente de un voto.

Hay que luchar porque el proletariado no pierda su calidad de clase dirigente de la revolución en el plano electoral, para que no se diluya en los sectores mayoritarios de la población. Si no se desvirtuase la Ley Electoral vigente, la dirección del proceso de transformación pasaría a manos del campesinado, nuestra revolución sería campesina. Hay que desenmascarar y rechazar la ficción jurídica burguesa de la igualdad de los ciudadanos ante la ley. La importancia diversa de las clases sociales, su peso diferente en el proceso de producción, está ya poniendo en evidencia la desigualdad que existe entre proletarios, campesinos, burgueses, etc. Lo que buscamos es que esa desigualdad no se torne contrarrevolucionaria en materia electoral, que no haga desaparecer al proletariado como tal. Planteamos voto privilegiado en favor de la masa obrera, es decir, que pese a ser demográficamente minoritaria, pueda elegir una cantidad respetable de representantes, con relación a las clases sociales mayoritarias (la Constitución rusa de 1918 establecía que 25.000 obreros enviaban un delegado y 125.000 campesinos otro). Pueden encontrarse muchas formas para efectivizar esta demanda y la más cómoda sería declarar distritos electorales los centros mineros, los barrios obreros de las ciudades, etc.

La evolución política de las masas se sintetiza en su superación de las ilusiones democráticas, en su repudio a la larsa democratizaste; al electoralismo, al parlamentarismo. Pasando por encima de las artimañas supuestamente democráticas, se realizan al emplear la acción directa de masas en la lucha por sus intereses y su liberación.

4

El nacionalismo movimientista ha concluido entregándose al imperialismo, seguro que así se defendía del proletariado que, no bien comenzó a diferenciarse del Movimiento Nacionalista Revolucionario, amenazó con pasar por encima de su cadáver político y de la gran propiedad privada burguesa, para poder realizar sus propios objetivos. El MNR pugnó desesperadamente por institucionalizar el comienzo de realización de algunas tareas democráticas, seguro de que nada más se podía hacer, que ahí debía concluir la transformación revolucionaria.

Su inoperancia y caducidad se puso en evidencia cuando no pudo ni siquiera cumplir debidamente estas limitadísimas tareas, cediendo a las exigencias de los núcleos burgueses y derechistas, que satisfechos pugnaron por imponer la paz social y política. Las tareas democráticas se vieron estranguladas en medio camino de su cumplimiento y algunas hasta retrocedieron, todo esto para complacer las exigencias del imperialismo.

Al imperialismo le interesa contar en su semicolonias con regímenes capaces de controlar de cerca a las masas, requisito indispensable para lograr la estabilidad político-económica y el cumplimiento de los planes de la metrópoli opresora, importándole poco que sus lacayos sean civiles, militares, democratizantes o dictatoriales. Unos y otros han actuado y actúan como instrumentos de la antipatria. Los partidos nacionalistas burgueses se han desplazado de un extremo a otro, lo que se ha traducido en escisiones y en sorprendentes cambios de postura.

5

La evolución política del proletariado, de su conciencia, de su constitución como clase, de la politización de las masas, aparece jalonada por los siguientes hitos trascendentales:

La aprobación de la "Tesis de Pulacayo" por el congreso extraordinario de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia, permitió señalar la dictadura del proletariado como finalidad estratégica de la lucha de clases, que realizará las tareas democráticas para transformarlas en socialistas. De esa época arranca inconfundible la afirmación de la independencia política de la clase obrera.

La Central Obrera Boliviana fue estructurada como resultado de la lucha librada por la mayoría nacional durante el sexenio rosquero (1946-1952) contra la clase dominante y buscando enarbolar la política revolucionaria propia del proletariado. Nació como un soviét u órgano de poder opuesto al gobierno movirrientista. La dualidad de poderes se resolvió en favor del gobierno; en el primer momento señaló el camino que deben seguir los explotados si buscan su liberación. En 1954 (primer congreso) la COB abandona la "Tesis de Pulacayo" y se declara oficialista, entonces comienza su proceso de burocratización y degeneración.

El camino, revolucionario apareció inconfundible cuando los explotados se movilizaron contra la política derechista y proimperialista de Siles Zuazo (1956-1960), contra el rnovimientismo en el poder en 1964, contra el gorilismo barrientista.

La superación del nacionalismo de contenido burgués por las masas, particularmente proletarias, se hizo evidente en su actitud de rechazo a los gobiernos populares de los generales Ovando y Torres. Plantearon una política independiente y posiciones mucho más avanzadas que las formuladas por las tendencias burguesas más radicales.

La Asamblea Popular de 1971 resumió ia anterior experiencia y la proyectó hacia el porvenir. Dejó sentado que si los explotados buscaban liberarse socialmente y de las cadenas imperialistas, debían conquistar el poder político, destruir a la burguesía y a la gran propiedad privada burguesa de los medios de producción. Señaló que para alcanzar este objetivo no quedaba más que la vía insurreccional opuesta al parlamentarismo.

Como no podía ser de otra manera, ni la rosca ni el nacionalismo han logrado emancipar a la mujer, pese a que le han reconocido alguno de sus derechos elementales. La mujer sufre las consecuencias de la explotación capitalista, de la superexplotación de que es objeto dentro de la familia de pequeños productores y también de los prejuicios de tipo feudal (sociales, religiosos, etc.). La división de clases es tan profunda que se traduce inclusive en la vestimenta y es notable en el campo femenino. La escuela acentúa esta diferencia social. junto a la lucha por la escuela única, el Partido Obrero Revolucionario plantea la necesidad de que la lucha revolucionaria del proletariado incluya en su programa la liberación efectiva de la mujer, doblemente oprimida en esta sociedad clasista. No solamente se trata de conquistar el salario igual para el trabajo igual, sino de que las mujeres gocen de los mismos derechos civiles y políticos que los hombres, que las mujeres en su integridad tengan acceso a las fuentes de cultura, etc.

La liberación de la mujer es un problema social y pasa por la destrucción de la gran propiedad privada burguesa y la socialización de los medios de producción, que permitirá liberarla de la esclavitud del hogar.

La juventud ocupa un importante lugar en la lucha revolucionaria, particularmente en Bolivia donde el proletariado (es demasiado joven; el movimiento juvenil constituye uno de los valiosos capitales del partido obrero. El POR vanguardiza la batalla en pro de las reivindicaciones juveniles, organiza a los jóvenes y les entrega su bandera de combate:

Cese a la discriminación en contra de la juventud en los lugares de trabajo; libre acceso a los institutos de enseñanza que deben ser gratuitos y dejar de ser monopolio del privilegio clasista; derecho a voto desde los 18 años; lucha contra la cesantía; alfabetización en lenguas madres, etc.

Así la vanguardia obrera ha creado la teoría de la revolución boliviana y los métodos de lucha y

organizaciones propios de las masas.

La lucha revolucionaria partirá de estas conquistas.

Son las masas politizadas y radicalizadas, al desplazarse hacia la izquierda y al acentuar su superación de las ilusiones democráticas, las que desenmascaran y empujan hacia la trinchera burguesa democratizaste a los partidos reformistas y revisionistas, que en su derechización chocan inevitablemente con los explotados.

En el campo de la izquierda obrera únicamente el POR se levanta como el faro revolucionario, particularmente después del hundimiento del foquismo, que ha pagado tan caro su pecado de actuar de espaldas a las masas, a las que no pocas veces ha intentado reemplazar.

Está fuera de toda duda que la victoria de las masas será la victoria del Partido Obrero Revolucionario.